

## *El sueño de Antígona*

**A**tendiendo a la *Antígona* de Sófocles y comparándola con la nueva lectura del personaje que hace María Zambrano, seremos capaces de notar cómo el peso de los personajes principales, la adolescente y el tirano, repartido en el original griego entre estos dos, pasa a estar en Zambrano completamente desplazado hacia el personaje femenino. ¿Qué lleva a Zambrano a otorgar ese relieve a nuestra heroína?

Desde un punto de vista formal, ¿quién es Antígona? Según Kitto, un personaje que nos podría parecer la figura central, principal, sin serlo, en la obra de Sófocles. Hasta tal punto no sería Antígona *el* personaje principal que, si insistiéramos en considerarla como tal, la pieza acabaría por no estar bien equilibrada<sup>1</sup>. ¿Cómo deberíamos entonces aproximarnos a la *Antígona* de Sófocles? Tendríamos, en realidad, dos personajes centrales, no uno, y estos son, a saber, Antígona y Creonte. En torno a ellos gira la tragedia, y si de los dos, uno hubiera de ser más relevante que otro para Sófocles, ése, nos recuerda Kitto, sería Creonte. De hecho, podemos *disfrutar* de un final sólo para Creonte, y esto muy a su pesar<sup>2</sup>. La tragedia crece delante de nuestros

ojos y Creonte sale de escena completamente aniquilado. Nótese que sale aniquilado, pero sólo al final, mientras que Antígona desaparece de la pieza rápidamente, y ni siquiera su cadáver es recogido y llevado a palacio, más adelante, como acontece con el cuerpo de su novio, Hemón<sup>3</sup>. El cadáver de Hemón es transportado en brazos hasta su hogar. Esta consideración tomada hacia su cadáver en realidad acaba por recuperar el personaje y sus particulares lazos de sangre<sup>4</sup> con Creonte, un Creonte que se encuentra a punto de recibir el último y más devastador golpe, la muerte de su esposa Eurídice. No ocurre así con Antígona.

Antígona y Creonte, por tanto, serían las figuras principales en esta tragedia e incluso más relevante Creonte, según Kitto, para Sófocles, en detrimento de la importancia del personaje de la adolescente tebana. Sin embargo, María Zambrano va a reescribir el personaje de Antígona dotándolo de un papel *primordial* en lo que dice respecto a su familia. Ella va a dar a los otros personajes, gracias a las terribles condiciones proporcionadas por su condena, la oportunidad de conocerse a sí mismos. Antígona da a luz sentido, es decir, revela, para su sorpresa, sentido a los otros.

---

<sup>1</sup> Cf. H.D.F. Kitto, *A tragedia grega*, Vol. I, Coimbra, Arménio Amado, 1990, pp.231-233.

<sup>2</sup> Subraya el profesor de Bristol cómo Creonte acabará incluso con menos a que apegarse que la adolescente, pues *todo se deshace en sus manos* –adopta aquí Kitto la traducción de Harrower– mientras que Antígona al menos tiene la esperanza de ser recibida en la muerte por su querido padre. Cf. *Ibid.*, p. 241.

<sup>3</sup> Cf. *Ibid.*, p. 232.

<sup>4</sup> De este modo es subrayada de nuevo la importancia del respeto hacia las leyes no escritas, que incluyen la consideración por los lazos familiares, así como el respeto por los muertos y por el amor que un hombre profesa por una mujer, violadas por el tirano. Con respecto a estos tres ejemplos de la moral tradicional Cf. *Ibid.* p. 242.

En la excelente tragedia de Sófocles el fin de Antígona llega con cierta celeridad. Ella sabe que está condenada, los que asisten al enfrentamiento con Creonte saben que está condenada, y éste incluso llega a afirmar que “habrá lamentos para los que la conducen [a la muerte] con lentitud”<sup>5</sup>. Sin embargo, la tumba de piedra no acabará con ella, la tardía reacción de Creonte y Hemón proporcionan el tiempo fatídico para que nuestra heroína tome la decisión de arrebatarle la vida. Ella se suicida, creyéndose olvidada de todos y perdida.

Por su parte, el texto de María Zambrano comienza con Antígona en la tumba, tumba que, de nuevo, no ha acabado con ella. Es más, la tumba de piedra, el aislamiento, la propia condena son la condición de posibilidad de la revelación que sufre la adolescente. Ella se queja de estar “sola en el silencio, en la tiniebla”<sup>6</sup>, es cierto, sola en la tiniebla, pero todavía aquí, “todavía sobre la tierra”<sup>7</sup>. Antígona se lamenta: “[soy] perseguida aún por ese Sol de los vivos que todavía no me deja”<sup>8</sup>.

El aislamiento de la actividad cotidiana puede constituir una situación propicia para el conocimiento, al no tener el sujeto la atención dispersa atendiendo a una diversidad de objetos, en definitiva, al no tener más objeto de conocimiento que él mismo. Podemos estar apartados de la cotidianeidad por una larga convalecencia, como la propia Zambrano cuenta le aconteció a sí misma<sup>9</sup>, o, en el caso de Antígona<sup>10</sup>, por su condena.

Antígona no está muerta, pero tampoco está viva. Ni muerta ni viva. ¿Qué está ocurriendo? ¿En qué estado se encuentra nuestra

heroína? ¿Qué estado de conciencia es éste proporcionado por el cautiverio de la fría piedra?

Desde un inicio, Antígona no contaba con este tiempo que recibe, entre la vida y la muerte:

“¿No hay un Sol de los muertos? Has de perseguirme hasta aquí, Sol de la Tierra, he de saber por ti si es noche, si es día; si el Sol va a romper, avasallando a la Aurora, si se está hundiendo el Mar, he de seguir sabiéndolo... siempre. Eso yo no lo había pensado. Y mientras te vea, luz del Sol, me seguiré viendo y sabré que yo, Antígona, estoy aquí todavía, (...). Sola y perseguida por ti, luz de los vivos, la de mis propios ojos que sólo a ti y a mí misma estarán viendo”<sup>11</sup>.

Como podemos ver, el terrible cautiverio hace que ella vuelva su mirada hacia sí misma. Más adelante, la heroína verbalizará su voluntad de ver y oír. Es en parte esa actitud la que favorecerá la revelación, la adquisición de un nuevo conocimiento de sí y de los otros.

Pues es ese tiempo de la tumba el que ella va a necesitar para, como dice Zambrano, apurar el proceso trágico, para encontrarle sentido y para deshacer el nudo de su familia<sup>12</sup>. Antígona no va a demorar en tomar conciencia de ese tiempo y en manifestar, como adelantamos, su deseo de ver y oír. Ella está en la tumba dispuesta a escuchar y a ver aquello que le sea ofrecido. Antígona está dispuesta a recibir. Al mismo tiempo, esta actitud es consecuencia, primero, de una toma de conciencia del tiempo en que está sumergida entre la vida

<sup>5</sup> Sófocles, *Antígona*, vv. 931-932.

<sup>6</sup> M. Zambrano, “La tumba de Antígona”, en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, p.223.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> Cf. M. Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 113.

<sup>10</sup> Creemos encontrar aquí un cierto paralelismo entre la experiencia vivida por la propia María Zambrano y la experiencia vivida por el personaje de la adolescente reescrito por nuestra autora.

<sup>11</sup> M. Zambrano, “La tumba de Antígona”, ed. cit., p.223.

y la muerte y, segundo, de una decisión de nuestra heroína, pues ella *quiere* ver y oír:

“Pero yo, mientras muero, quiero oírte a ti, mi tumba, quiero oírlos a vosotras, piedras de esta tumba mía blanca como la boca del alba”.<sup>13</sup>

“Me tenderé aquí como si estuviese ya muerta para ver, a ver...”<sup>14</sup>

Podemos confirmar en estas palabras la actitud de contemplación de la adolescente. La ausencia de violencia característica de la razón poética zambrana está también presente en las palabras de Antígona, tanto que ella afirma:

“No, tumba mía, no voy a golpearte. No voy a estrellar contra ti mi cabeza. No me arrojaré sobre ti como si fueras tú la culpable. Una cuna eres; un nido. Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizá me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción”<sup>15</sup>.

No se ejerce violencia alguna, y eso permite la audición, conocimiento que ante todo es un recibir. Una cuna, dice Antígona, su tumba es una cuna, más aún, un nido y ¿qué es un nido sino el lugar más apropiado para la gestación? Antígona parece estar a la espera del alimento que la haga crecer y transformarse. La adolescente quiere ver un estado de gestación en su cautiverio:

“Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer, como si estuviese naciendo en esta tumba”<sup>16</sup>

Y su actitud de espera y escucha, con la mirada vuelta hacia sí misma, hacia donde si

no, se ve recompensada y comienza el alumbramiento: “Iré a nacer aquí, ahora”<sup>17</sup>. Nuestra heroína empieza a despertar al ser, a conocerse a sí misma.

Estando en vías de despertar a su ser, esto es, comenzando a conocer y a conocerse, Antígona se da cuenta, ya, de que siempre fue una prisionera:

“O acaso ¿no nací dentro de ella, y todo me ha sucedido dentro de la tumba que me tenía prisionera? Dentro siempre de la familia: padre, hermana, hermano y hermano, siempre, siempre así”<sup>18</sup>

Estas primeras preguntas y los diálogos o comunicados a otros personajes que se siguen van a marcar la pauta de este saber. Decimos comunicados pues algunos personajes parecen sólo escuchar a Antígona, no entrando en un verdadero diálogo. Ella aprende, conoce, sobre sí y forzosamente sobre su familia, y la forma como se llega a este conocer es por la palabra; Antígona habla y llega a verdades que no serían quizás alcanzadas por otros medios.

Al mismo tiempo que se va conociendo a sí misma, está conociendo más a los otros personajes que la rodearon, y comunicando a estos qué es en realidad lo que han hecho y quiénes son.

Asistimos en la *Antígona* de Zambrano a una doble revelación. A ella se le revela, y ella se sorprende por esto, su capacidad de dotar de sentido las vidas, las acciones de los otros personajes, sus seres queridos. Se le revela su capacidad de revelar.

<sup>12</sup> Cf. *Ibid.*, p.205.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p.226.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p.230.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p.225.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p.226.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*

Volvemos entonces a preguntar: ¿qué estado de conciencia es éste proporcionado por el cautiverio de la fría piedra?

Zambrano lleva a cabo una fenomenología de la forma sueño, es decir, una aproximación a los sueños a partir de su forma, y no a partir de su contenido. El estudio de Zambrano toma como punto de partida el tiempo. Más aún, “Zambrano establece relaciones entre formas del tiempo y estados perceptivos del humano concernientes a un cierto modo de atención”<sup>19</sup>. Por tanto, ciertas formas del sueño corresponden a ciertos tiempos en que el humano puede verse inmerso, y favorecen la percepción de ciertos contenidos. Ahora bien, ¿en qué tiempo se encontraría Antígona, que comienza a conocerse a sí misma, a despertar al ser?

Según la propia Zambrano, Antígona es una figura de la aurora de la conciencia<sup>20</sup>, es decir, de una conciencia en un estado naciente. De acuerdo con la fenomenología de la forma-sueño zambraniana, el tiempo de la conciencia es el tiempo por ella establecido, aquél que solemos encontrar con facilidad y que se distingue en pasado, presente y futuro<sup>21</sup>. Éste es el estadio que normalmente hacemos coincidir con la vigilia, el tiempo en que las cosas ocurren, el tiempo de la cotidianidad. Sin embargo, sabemos que la particularidad de este tiempo de Antígona es proporcionada precisamente por el aislamiento, es decir, precisamente por retirarse de este tiempo que Zambrano adscribe a la conciencia. ¿Cómo puede entonces ser Antígona la figura de la aurora de la conciencia?

Antígona empieza a estar consciente de sí misma, a prestar atención a su ser recibido. Pero además de acceder a su ser recibido, tiene todavía otro don, el de hacer el ser de los demás asequible, el de desvelar el ser que a los demás se les ocultaba, por ello se le da este tiempo en la tumba:

“Tiempo para deshacer el nudo de las entrañas familiares, para apurar el proceso trágico en sus diversas dimensiones.”<sup>22</sup>

Dice Zambrano que la razón poética rescata<sup>23</sup>. En la tragedia también ha de darse un rescate: “Pues que el conflicto trágico no alcanzaría a serlo, a ingresar en la categoría de la tragedia, si consistiera solamente en una destrucción; si de la destrucción no se desprendera algo que la sobrepasa, que la rescata”<sup>24</sup>. Parte de ese rescate se desarrolla con el otorgar sentido por parte de la adolescente a los otros personajes. Antígona rescata el sentido de la vida de sus familiares, proporciona a través de su sacrificio el desvelamiento del ser de ellos, no es sólo Antígona quien nace, ella posibilita que los demás nazcan también.

“Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a ti, por eso.”<sup>25</sup>

En este sentido, su padre, en lo que se podría considerar una paradoja extrema exclama:

“(…) ayúdame, hija, a nacer.”<sup>26</sup>

Según la fenomenología de la forma sueño zambraniana existen dos formas de des-

<sup>19</sup> M<sup>a</sup>. João Neves, *Passagens ou sobre a possibilidade de continuidade entre o pensamento e a vida na filosofia de María Zambrano*, Tesis Doctoral, Universidad Nova de Lisboa, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Lisboa, 2002, p. 117 (Directoras: Maria Molder y Chantal Maillard)

<sup>20</sup> Cf. M. Zambrano, “La tumba de Antígona”, ed. cit. p. 205.

<sup>21</sup> Cf. M. Zambrano, *El sueño creador*, Madrid, Turner, 1986, p. 27.

<sup>22</sup> M. Zambrano, “La tumba de Antígona”, ed. cit., p. 205.

<sup>23</sup> Cf. *Ibid.*, p. 206.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 234.

<sup>26</sup> *Ibid.*

## Aurora

pertar a su ser recibido: una forma inauténtica que denomina despertar existiendo y una forma auténtica a la que nombra despertar naciendo. Ésta es pues la forma-tiempo que creemos corresponde al estado de Antígona, el despertar naciendo<sup>27</sup>.

Antígona puede llegar a ser una figura de la aurora de la conciencia, por las condiciones que le proporciona su propio cautiverio, el aislamiento contribuye a ese despertar naciendo. Es el despertar naciendo

que permite que la condición humana ascienda. El hombre accede entonces con total transparencia a su ser<sup>28</sup>, de ahí el nacimiento de la conciencia.

Podríamos sostener entonces que Antígona, como figura de la aurora de la conciencia, llega a conocerse a sí misma, y es la figura mediadora con respecto al conocimiento de los otros. Es su propia tumba retirada del tiempo de los hombres la condición de posibilidad del ejercicio de este don.



RAFAEL ROMERO, "Garden" 018

<sup>27</sup> "Despertar naciendo o despertar existiendo es la bifurcación que inicialmente se le ofrece al ser humano", M. Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 23.

<sup>28</sup> Cf. M<sup>a</sup>. João Neves, *op. cit.*, p. 129.